



Equipos de Nuestra Señora

Roma 2003

## LA HERENCIA DEL PADRE CAFFAREL

**Monseñor François FLEISCHMANN**  
Consiliario Espiritual del ERI

## LA HERENCIA DEL PADRE CAFFAREL

**Monseñor François FLEISCHMANN**  
Consiliario Espiritual del ERI

### Introducción

El P. Caffarel, que había nacido el 30 de julio de 1903, murió el 18 de septiembre de 1996. En este año, centenario de su nacimiento, y en el marco de nuestro encuentro de Matrimonios Responsables Regionales acompañados por numerosos consiliarios, debemos tomar conciencia de la herencia que nos legó este sacerdote especial, fundador de los Equipos de nuestra Señora.

Mi intención no es, evidentemente, hablar de la vida y de la obra del P. Caffarel. Jean Allemand lo ha hecho de una manera competente e inteligente y, sin duda sabréis que, recientemente, ha realizado un bello perfil espiritual en el volumen *Orar 15 días con Henri Caffarel*.

En unión con el ERI, nos ha parecido útil extraer algunos aspectos esenciales de lo que el P. Caffarel ha aportado a los Equipos por medio de sus enseñanzas y de sus numerosos escritos que están ligados a la creación, a la expansión y a la animación del Movimiento. Él mismo, cuando revivía el pasado, se apresuraba a extraer lecciones para el futuro. Es lo que tenemos que hacer los responsables de un movimiento, centrado en el matrimonio, en estos primeros años del nuevo milenio.

Sin embargo, era necesario elegir. Por lo tanto, voy a detenerme en cuatro puntos esenciales sobre los que aún no hemos reflexionado suficientemente, si queremos ser a la vez fieles al “carisma fundacional” de los equipos y, al mismo tiempo, revivirlo en un contexto tan diferente al que vivió la primera generación de matrimonios de los ENS. Recordemos que en Chantilly, en 1987, catorce años después de haber dejado la dirección de los Equipos, el Padre Caffarel realizaba una importante reflexión sobre el carisma fundacional y, con gran lucidez, hacía un balance contrastado. El P. Caffarel dejaba a la creatividad de aquellos que lo relevarían en la responsabilidad de orientar el futuro del Movimiento.

### La espiritualidad del matrimonio

Hacia 1940, pocos eran los movimientos cristianos en los que se podían integrar los matrimonios como tales. Los compromisos propuestos por la Iglesia se dirigían de manera separada a los hombres y a las mujeres. A petición de algunos matrimonios jóvenes, y con su participación activa, el P. Caffarel crearía las bases de una espiritualidad de parejas casadas.

La espiritualidad, era algo que se consideraba como exclusividad de religiosos y célibes, en tanto que el matrimonio estaba poco más o menos que desvalorizado. Se podría decir también que, con frecuencia, la sexualidad se entendía en los medios piadosos como una especie de concesión inevitable con miras a la procreación y para apaciguar el deseo; su sentido cristiano no había sido ni siquiera explorado.

Henri Caffarel afirma que los laicos deben “definir muy bien cuáles son sus medios y métodos, lo que constituirá la espiritualidad del cristiano casado” (Conferencia a los Responsables de Equipo, 1952).

Por mi parte, me he interesado en los editoriales de la Carta de los Equipos de los primeros años. En junio de 1950, por ejemplo, Henri Caffarel da una definición de la espiritualidad: “La espiritualidad es la ciencia que trata de la vida cristiana y de las vías que conducen a su pleno desarrollo”. En seguida, el padre Caffarel va a precisar que, para los matrimonios que buscan la construcción de su espiritualidad, no se trata de *evadirse del mundo*, sino de *aprender cómo, a ejemplo de Cristo, pueden servir a Dios durante toda su vida y viviendo plenamente en el mundo*. Estos tienen que descubrir que la espiritualidad está compuesta no sólo de prácticas como la oración o la ascesis, sino que implica también, el servicio a Dios en el lugar donde se encuentra la pareja, en la familia, en el trabajo, en la sociedad.

En el núcleo de la perspectiva espiritual abierta a los matrimonios, Caffarel centra su reflexión en el amor, en los lazos estrechos entre el amor de Dios y el amor humano. Esta es la clave:

*“El amor humano es la referencia que nos ayuda a entender el amor divino. Por el poder que tiene de hacer de dos seres uno solo salvaguardando, siempre, la personalidad de cada uno de ellos, el amor nos permite adquirir la inteligencia necesaria para comprender la misteriosa unión de Cristo con la humanidad y del matrimonio espiritual del alma con su Dios” (Propos sur l’amour et la grâce, p. 44)*

Encontramos aquí un punto fundamental: a partir de la experiencia vivida del amor en la pareja, se puede descubrir el amor de Dios, su fidelidad, su deseo de nuestro bien – así mismo los cónyuges desean la felicidad del uno y del otro, tanto en el plano humano como en el plano del desarrollo religioso – sin esta doble dimensión su amor sería imperfecto, incluso *mutilado*, dice Caffarel.

Para construir la espiritualidad, el P. Caffarel insiste sobre el discernimiento del verdadero objetivo que se busca en la vida espiritual. En un enérgico editorial, que simplemente tituló: *Objetivo número uno*, el P. Caffarel demuestra que entre otros objetivos, como son el aprendizaje de la oración o el estudio del pensamiento cristiano, a los que no va a renunciar, hay que destacar el fin número uno: “LA UNIÓN A CRISTO. Unión a Cristo, es decir: la imitación de Cristo en todo momento y en todas las actividades de la vida [...] He aquí la meta”. (Carta, febrero de 1950)

Estamos, pues, en el meollo de ¡la espiritualidad del mismo S. Pablo! El objetivo es radical. Al P. Caffarel nunca le gustaron las medias tintas. Por exigencia espiritual entiende “apuntar con precisión”. Es verdad que la vida cristiana supone la adhesión a una doctrina, la práctica de una moral, la participación en un organismo vivo que es el Cuerpo místico; pero “*ser cristiano, es ante todo eso, el diálogo del hombre con Dios, la alianza irrevocable, la sumisión a Cristo, sin condiciones y en la que todo se pone en común.*” (Propos p. 160)

Si nos preguntamos dónde puede adquirir consistencia esta alianza espiritual con Cristo, el P. Caffarel sitúa, inmediatamente, la Eucaristía en el centro de la perspectiva, apresurándose a no aislar este sacramento de los otros elementos indispensables para la vida cristiana: la cultura de la fe por medio del contacto habitual con la palabra de Dios, la oración de meditación y el amor vivo y eficaz por el prójimo (cf. Carta de marzo de 1958).

El P. Caffarel analiza la forma como vive el matrimonio la Eucaristía. En el número *El Matrimonio camino hacia Dios*, figura un bello artículo sobre *el Matrimonio y la Eucaristía*.

Aunque me anticipe un poco a mi segundo tema, debo esbozar, desde ahora, la reflexión del P. Caffarel sobre este tema.

Parte de una meditación sobre las palabras de Jesús en Cafarnaum: “*Quien come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él*” (Juan 6, 56-57). Y continúa: “Marido y mujer que coméis la carne de Cristo, que bebéis su sangre, que vivís en vuestra alma y en vuestro cuerpo la vida de Cristo, que permanecéis en él, y él en vosotros ¿cómo no vais a amarnos con un amor diferente al de otros hombres, con un amor resucitado?”.

La unión entre dos seres se encuentra enriquecida por la misma vida de Cristo que los dos poseen en común, con “un alegre conocimiento del Padre, un torrente de amor filial”. En comunión con Cristo, el amor de los esposos se transforma por la gracia de la Eucaristía que le aporta “purificación, vida nueva” y que le lleva a desear compartir “el amor y la alegría de Dios, la santidad”. (pags. 253-254).

Con más profundidad aún el P. Caffarel le dice a la pareja que si Cristo renueva en la Misa su ofrenda única del Calvario es, cito: “porque quiere que su sacrificio penetre hasta las profundidades materiales y espirituales de vuestro hogar, con el fin de crear también en vosotros un estado espiritual de permanente ofrenda al Padre” (*ibid.* p. 261). En suma, Cristo vive su sacrificio en la Iglesia, en la Misa y desea vivirlo en el hogar que, habitualmente, se dispone a una verdadera ofrenda de sí mismo: los dos se entregan el uno al otro y, al mismo tiempo, ofrecen su amor a Dios de quien han recibido todo por medio de Cristo.

El P. Caffarel sabe situar con profundidad el sentido de la llegada y de la presencia de los niños en el hogar. Me impresionaron estas dos frases leídas en “Les Propos”: “*El Creador ha hecho del amor un colaborador irremplazable de su paternidad. Por amor al amor, Dios se ha atado las manos: no tendrá más posteridad que la que le dé la unión del hombre y de la mujer*” Más aún: “*Esposos reconoced el latido del corazón de Dios en este deseo ardiente de un hijo que sentís en lo más íntimo de vuestro amor*”. (p.44)

Así pues, la fecundidad, la capacidad de engendrar son dones de Dios, compartir su propia paternidad. Y el deseo de dar vida se asocia inseparablemente al amor de la pareja y al amor de Dios presente en su hogar. La procreación y la educación manifiestan, como nos dice el P. Caffarel, el ágape que viven los cónyuges y que estos mismos cónyuges desean comunicar. (Cf. *El Matrimonio, camino hacia Dios.*, p. 288).

Cuando se trata de educación, se privilegia la educación espiritual; el P. Caffarel pide que en los hogares “se formen buscadores de Dios” que frecuenten la Biblia, que recen juntos, integrando en la oración familiar elementos de la oración litúrgica de la Iglesia.

Un aspecto que no debemos dejar de lado en lo que el P. Caffarel llama *la vida mística del matrimonio cristiano*, es el sentido del pecado y del perdón de Dios. Pues la espiritualidad de la pareja no se puede idealizar. Cuando llegan los momentos difíciles del uno hacia el otro, las incompatibilidades, las diferentes maneras del mal que dividen, los esposos cristianos tienen que descubrir que son pecadores.

Los fracasos del amor hacen tomar conciencia de que el mismo amor necesita ser salvado. Caffarel concluye un párrafo titulado *Comunidad pecadora, arrepentida y perdonada* con estas palabras: “*Si al admitir el cruel descubrimiento (de ser pecadores), su comunidad conyugal se convierte, al fin, en comunidad penitente, dentro de la gran comunidad penitente de la Iglesia y recurre a su Señor, de cuya presencia y solicitud no quiere dudar, entonces, abriéndose al perdón, esta comunidad conyugal renacerá a la esperanza*” (*El Matrimonio este gran sacramento*, pp. 332-333).

## El Sacramento del Matrimonio

La reflexión de Henri Caffarel sobre el Sacramento del Matrimonio es uno de los puntos culminantes de su herencia, con una búsqueda espiritual que va lejos, pero también con la preocupación constante de descifrar la realidad de la vida conyugal a la luz de la unión con Cristo. En Roma, en 1959, en pocas palabras dijo lo esencial:

*“El matrimonio cristiano sacramental, no sólo representa la unión de amor entre Cristo y la Iglesia, sino que, también, hace partícipes al matrimonio de esta unión. Quiero decir que, gracias al sacramento del matrimonio, el amor que une a Cristo con la Iglesia es el mismo que trabaja para unir, para hacer vivir, para alegrar al esposo y a la esposa”:* (Los Equipos de Nuestra Señora, acción y misión de los Matrimonios cristianos, p. 61)

Hay que distanciarse de la concepción que sólo quiere ver en el sacramento un socorro o una ayuda de Dios para fortificar o curar el amor humano. Sería poner la gracia al servicio de un cierto confort. Esto no es obstáculo para que los esposos cristianos puedan desarrollar todas sus cualidades humanas en su vida conyugal, pues es en su misma realidad donde actúa la gracia para hacerles avanzar hacia la santidad.

Como todos lo sabemos el tema fundamental, siguiendo a S. Pablo, es ver cómo el matrimonio está estrechamente ligado a la unión de Cristo con la Iglesia y, en el Antiguo Testamento, las bodas de Dios con su pueblo. Caffarel se pregunta: “¿En qué evoca el matrimonio la unión de Cristo con la Iglesia?”.

Básicamente, el matrimonio es en sí mismo un misterio de unión, de intimidad de cuerpos, de inteligencias, de corazones, de actividades; esto evoca la unión de Cristo y de los miembros de su Cuerpo. Esta unión llega hasta el punto de hacer compartir el sufrimiento por parte de los esposos, pues la Cruz sella la unión total de Cristo con la humanidad. El matrimonio es, también, fecundidad y esplendor de su amor, a imagen de todo lo que el Señor hace nacer por medio de su amor sin límites. En fin, la alegría acerca al matrimonio cristiano a la gloria de su Señor, la “alegría de una posesión que nada puede romper” (cf. Propos, pp. 69-70).

La experiencia del amor permite al ser humano contemplar ese secreto de Dios que son las bodas del Hijo con la humanidad. Pero, aún hay más, cito: “*La última palabra de Dios sobre el amor humano, -aquél que podemos repetir pero no podemos explicar-: el amor consagrado por el matrimonio está destinado a hacer correr por nuestros corazones un poco de esa caridad divina que une a Cristo con la Iglesia*” (ibid., p. 71) La consecuencia de todo esto es que la vida de la pareja, su paternidad y la irradiación de su amor participan en la misión de Cristo y de la Iglesia.

El Sacramento del Matrimonio expresa la unión de Cristo y de la Iglesia y esto prepara para la comunicación de este misterio en la Eucaristía donde encontramos “la infinitud del don y la plenitud de la vida”. (ibid., p. 72).

El campo de acción de la gracia sacramental, nos dice el P. Caffarel, es el hombre y la mujer, así como todo lo que hace una sola cosa con ellos, lo que los prolonga, hijos, casa... En suma el movimiento de la encarnación redentora se continúa formando sacramento: “*el matrimonio total, en toda su realidad jurídica, carnal, espiritual (...) hasta tal punto que la unión física del hombre y de la mujer forma parte integrante del sacramento. La vida conyugal entera no sólo se ve curada, elevada, santificada, sino que se convierte en santificadora*”. (Matrimonio, ese gran Sacramento, p. 315).

En el mismo contexto, Henri Caffarel nos muestra que el sacramento del Matrimonio, en el que la presencia activa de Cristo está tan profundamente implicada, es un elemento esencial para la construcción de la Iglesia. Este sacramento no se ha instituido sólo para beneficiar a los que lo viven, sino que Cristo toma a los matrimonios que Él mismo santifica para hacer de ellos piedras vivas de su Iglesia. No los aparta del mundo, les comunica, ahí donde se encuentran, su gracia que llega hasta los fundamentos de su hogar. Por el sacramento del matrimonio los hogares se hacen partícipes de la construcción del Cuerpo de Cristo en el corazón mismo de la sociedad humana en el que están insertos.

Me parece que el P. Caffarel es de los que han popularizado de nuevo el concepto tradicional del hogar consagrado como *célula de la Iglesia* en “*el sentido de pequeña comunidad cristiana visible, en el seno de la gran comunidad que es la parroquia; pero, más profundamente, en el sentido de elemento vivo de la gran sociedad espiritual que es la Iglesia*” (ibid., p. 317). Esto quiere decir que la pareja no es simplemente una subdivisión de la parroquia o de la Iglesia universal, sino que el hogar vive en sí mismo mucho de lo que caracteriza a la Iglesia. Ahí donde vive un hogar cristiano, ahí comienza a vivir la Iglesia.

El P. Caffarel ha explicado las condiciones para que una reunión de cristianos sea una *Ecclesia*. Podemos ver una breve síntesis que cito textualmente: A “*La pequeña Ecclesia es una célula de la Iglesia y Cristo está presente en la pequeña Ecclesia. La pequeña Ecclesia es la esposa de Cristo y dialoga con Él. Cristo se sirve de ella para comunicar su doble amor. La pequeña Ecclesia descubre entonces en Cristo y por Cristo al Espíritu Santo que Cristo le comunica y descubre al Padre hacia quien el Espíritu Santo la lleva*”. (Conferencia en Sao Paulo, julio de 1957)

## **La plegaria – la oración**

Sabemos hasta que punto el P. Caffarel se entregó, hasta el límite de sus fuerzas, para conducir a los laicos a practicar la oración. Consagró, los últimos años de su vida, en Troussures, a unas memorables semanas de oración. Recordemos, también, los *Cuadernos sobre la oración*, o las veladas que animó en París, en la Mutualité, veladas que fueron seguidas por una numerosa y ferviente audiencia.

Aquí me limitaré a rozar un tema tan importante; pero tenéis la experiencia de la gran riqueza espiritual que su fundador ha abierto tanto a los Equipos, como a muchos otros laicos.

El P. Caffarel insiste, frecuentemente, sobre el carácter vital de la oración. La vida sacramental no puede sustituirla. En la Carta de noviembre de 1952, el P. Caffarel escribe: “*La Eucaristía en un alma que no ora, es semilla en tierra baldía, no puede producir frutos*”.

Mientras preparaba la peregrinación a Lourdes, en Pentecostés de 1954, partió de una observación que repitió con frecuencia: El Señor promete su presencia en el encuentro: “*Ahí donde dos o tres están reunidos*”. Pero Jesús dice también: “*Cuando quieras orar... ora a tu Padre que está presente en lo más secreto de tu corazón*”. Acude a la oración personal incluso durante una larga peregrinación: “*Contentarse con estar entre la multitud que rodea a Cristo sin intentar un contacto personal con Él, sin intentar anudar relaciones con Él sería prueba de una gran indiferencia*”. (Carta de mayo de 1954).

Es preciso que cada uno camine por este sendero secreto, que es el único que permite el encuentro personal con Cristo: “*Nadie os puede conducir por este sendero secreto, y estrecho. Tenéis que descubrirlo cada uno de vosotros. Sed humildes, sed puros, sed dóciles, orad, sed perseverantes y lo encontraréis. Y encontraréis a Cristo*”. (Ibid.)

Para Caffarel, en la vida laica, la oración o meditación es accesible, sobre todo, si se alimenta de la Palabra de Dios y si permanece en relación con la oración litúrgica de la Iglesia y de la vida sacramental. En 1955, publica un extraordinario editorial, que retoma en “*Palabras sobre el amor y la gracia*”, bajo el título: “Tantos fallos”. Vemos en él su deseo constante de reaccionar ante la pérdida del dinamismo, ante la tibieza. Y reacciona recordando tres “necesidades vitales”.

- La Eucaristía, que el materialismo ambiental no nos debe empujar a abandonar, ya que Cristo ha elegido el pan cotidiano para darse a nosotros.
- La Palabra de Dios “Palabra viva y creadora”: *No tiene nada de sorprendente que la vida divina – fe, esperanza y caridad – decline y se apague en aquél que se olvida de escuchar a su Dios que le habla”.*
- “*La oración es también necesaria. Salva nuestra alma de la asfixia [...]. Su vitalidad mantenida por el pan de la Palabra y por el pan de la Eucaristía, puede ejercitarse; a Dios que le ha hablado le responde, al Dios a quien se ha dado se entrega. Entre Dios y el alma se instala un intercambio vivo, que es la comunión a la que aspira todo amor. Y poco a poco, la vida entera del que ora, y porque ora, se convertirá en oración”.*

A las objeciones, el P. Caffarel responde con firmeza: ¿os falta una guía? Os la daremos; en ella encontraréis lo necesario. ¿Os falta tiempo? Tenéis bastante tiempo para comer y dormir, no dejéis que vuestra alma se muera de inanición. (Cf. *Propos*, pp. 128-129)

No es éste el lugar para hacer un estudio exhaustivo sobre la enseñanza constante del P. Caffarel sobre la oración; Conocéis las *Cien cartas sobre la oración* publicadas con el título *Presencia de Dios*. O las *Cinco veladas sobre la oración interior* (*Cinq soirées sur la prière intérieure*). Yo, simplemente, querría dar la palabra aquí, una vez más, al Padre Caffarel, pues él sabe mejor que muchos autores como sugerir la realidad de la experiencia que supone la oración. Sea la oportunidad para hacer una pequeña observación a este propósito, en relación principalmente con las traducciones: la palabra oración, en francés, no tiene necesariamente el mismo sentido que los términos semejantes utilizados en otras lenguas.<sup>1</sup> Para entender mejor esto, escuchemos, al mismo P. Caffarel:

*“La oración es dejar este lugar tumultuoso de nuestro ser, del que antes hablaba, es reunir todas nuestras facultades y hundirnos en la noche árida hacia lo más profundo de nuestra alma. Ahí, una vez en el umbral del santuario, sólo nos queda callar y estar atentos. No se trata de una sensación espiritual, de una experiencia interior, se trata de fe: creer en la Presencia, Adorar en silencio a la Trinidad viva. Ofrecerse y abrirse a la vida que brota. Adherirse y comunicarse con su Acto eterno.*

*Poco a poco, año tras año, la punta de nuestro ser espiritual, afinada por la gracia, se volverá más sensible a la “respiración de Dios” en nosotros, al Espíritu de Amor. [...] nuestra vida exterior será, entonces, la manifestación, la epifanía de nuestra vida interior y será santa porque en el fondo de nuestro ser estaremos estrechamente unidos al Dios Santo”.* (*Cien cartas*, p. 12).

Un editorial de 1957 titulado “Defensa de la oración”; se integró en las *Cien cartas*, nº 5, con el título “Presencia de Dios”. En él nos dice algo más sobre la naturaleza de la oración mental:

*“Me atrevería a decir que la oración es una conversación con Dios”, escribía Clemente de Alejandría [...]. Para Santa Teresa de Ávila, la oración mental es un “comercio de amistad que uno mantiene, en soledad, con este Dios del que nos sentimos amados.” [...]* Estas

---

<sup>1</sup> N. del T: En español se utilizan dos sustantivos: *oración* y *plegaria* que equivalen a dos verbos: *orar* y *rezar*.

*palabras de conversación y diálogo corren el riesgo de favorecer un equívoco, haciéndonos creer que la oración consiste, esencialmente, en hablar interiormente con Dios. No, la oración es un acto vital, que nos compromete por completo... La oración: orientación profunda del alma, [...] atención, presencia ante Dios de todo el ser, del cuerpo y del alma, de todas las facultades despiertas”.*

Si preguntáramos qué importancia o qué impacto tiene la oración, nos respondería Henri Caffarel: “¿Por qué tiene la oración un poder tan grande? Porque la oración no es una actividad del hombre, sino una actividad de Dios en el hombre, a la que éste está asociado. Cristo decía: “Mi Padre y yo actuamos sin cesar”; el hombre que ora reúne en sí mismo la todopoderosa actividad divina, se entrega a ella, coopera con ella, le ofrece el medio de penetrar en un mundo que, de otra forma, se le cerraría.” (Cien Cartas, p. 161)

Conocemos bien la insistencia del P. Caffarel sobre el lugar que tiene la oración en la vida del hogar, la oración conyugal – que tan difícil le resulta a muchos matrimonios -, la oración familiar, que no substituye a la oración del matrimonio, la oración en el transcurso de las reuniones de equipo, la inmersión en la oración durante los ejercicios en un silencio riguroso, que algunos consideran un poco duro.

El P. Caffarel invitaba sin cesar a la oración, oración ligada a la vida sacramental, a la vida diaria. Tenemos que continuar en esta misma línea. Pues el riesgo de debilidad en la oración no es menor en el momento actual. A este propósito, sería útil releer de vez en cuando la Carta Fundacional...

## **Fundación de los Equipos – las exigencias.**

Es evidente que la mayor herencia del P. Caffarel, es la fundación de los Equipos de Nuestra Señora. El desarrollo de los ENS en numerosos países – vuestra presencia es un claro testimonio – demuestra bien claro que la herencia está viva.

Dentro de los límites de esta exposición, yo querría volver sólo sobre algunos aspectos de la obra del P. Caffarel y sobre su acción. Me apoyo en dos intervenciones del Padre: *Los fines del Movimiento*, una conferencia dictada, en 1952, a los Responsables y, más tarde, la conferencia a los Regionales europeos, en Chantilly, cuarenta años después de la Carta Fundacional, en 1987.

En 1952, los fines del Movimiento se exponían en cuatro puntos:

- Una escuela de vida cristiana: “Adquirir la comprensión de la vida cristiana, de lo que ella es, de todas sus riquezas, del dogma” y, especialmente, el descubrimiento de las Escrituras, a la luz de la tradición. *Lo que hay que intentar descubrir en los Equipos de Nuestra Señora es la vida cristiana, en su conjunto, en toda su amplitud, porque sus miembros tienen que desear vivir con Cristo, como Cristo, por Cristo, en todas partes, en el terreno conyugal, sin duda alguna; en las relaciones con sus hijos y, también, en la profesión, en la sociedad, en la parroquia, en sus diversiones.”*

No se intenta, solamente, “convencer los intelectos”, sino buscar la ayuda mutua para vivir esta vida cristiana en toda su perfección. Ayudarse a vivir lo que se descubre. Todo se ordena con vistas a esta ayuda mutua: ayuda mutua material; ayuda mutua frente a las dificultades morales; ayuda mutua para descubrir mejor la dimensión de la caridad.

“El fin de todos los medios de los Equipos de Nuestra Señora, todas las obligaciones que se señalan en la Carta, no tienen otro objetivo que ayudar al descubrimiento y a la práctica de la

perfección de la caridad”. Es lo que ocurre con la Puesta en Común, la Regla de vida de cada hogar y el Deber de sentarse.

- Un laboratorio para la espiritualidad del cristiano laico casado – de lo que ya hemos hablado – Démonos cuenta que los miembros de los Equipos están llamados a reflexionar sobre la forma de vivir los “consejos evangélicos” en el matrimonio, la pobreza y la castidad. Se trata siempre de “ajustar su vida al Evangelio”.

- Un centro de difusión. Uno de los objetivos es el de contribuir a la preparación de los jóvenes para el matrimonio. Así mismo, en una “política de círculos concéntricos”, el P. Caffarel pide a los Equipos, no sólo trabajar en su propia expansión, sino, también, en abrir otros hogares a la espiritualidad por medio de la participación en retiros, ejercicios espirituales o conferencias.

- Un testimonio. Simplemente el testimonio de la caridad fraterna, en el espíritu de la palabra de Jesús: “*En esto se reconocerá que sois mis discípulos, en que os amáis los unos a los otros*”. Los hogares, dice la Carta, “quieren que su amor, santificado por el sacramento del matrimonio, sea una alabanza a Dios, un testimonio ante los hombres probándoles, con la evidencia, que Cristo ha salvado el amor...”

El P. Caffarel reaccionó ante el reproche que, con frecuencia, se hizo a los Equipos, de considerarse como una élite un poco cerrada. Escuchémosle: “*Querría invitaros, a la vez, al orgullo y a la modestia. Al orgullo porque tenemos que cumplir una misión, misión limitada, por supuesto, pero misión sin duda.- [...] Pero, al mismo tiempo, querría que tengáis un fuerte sentimiento de nuestra pobreza. Somos pecadores, por lo tanto, no podemos enorgullecernos de la misión recibida, sino, por el contrario, tenemos que sentir su peso, pero, cuidado, no podemos dejar que la modestia y la humildad cristiana debiliten el valor*”.

En 1987, treinta y cinco años después, el P. Caffarel esboza un balance. Se alegra de lo bien que se ha comprendido el carisma fundacional, comenzando por “la reconciliación del amor y del matrimonio”, por el descubrimiento del pensamiento de Dios sobre la pareja y sobre todas las realidades de la vida del matrimonio y de la familia. Alaba a Dios “por el matrimonio de nuestros dos sacramentos” el matrimonio y el orden. Todos sabéis la importancia que el Movimiento concede a la presencia activa del sacerdote en los Equipos.

Observa, también, aquello que no se ha visto tan claro: al lado del amor y de la abnegación, con el don y el olvido de si mismos, no se ha profundizado bastante en el sentido cristiano de la sexualidad; dice el P. Caffarel “habría que guiar a los matrimonios hacia la perfección de la vida sexual”. Espera que la misión de los ENS, en la Iglesia, lleve a renovar la antropología dejando de negar la complementariedad de los sexos, abandonando el maniqueísmo cuerpo-alma. Desarrollar la ayuda mutua para caminar hacia la santidad, santidad dinámica, activa, que participe en la evolución de la creación.

El P. Caffarel menciona algunos puntos que no se pudieron ver en las primeras generaciones: hay que considerar a los matrimonios que no han recibido catequesis y por tanto la práctica dominical no les resulta evidente. Hay, también, toda una serie de reglas morales defendidas por la Iglesia y mal vividas. Y por otra parte, es mejor tener en cuenta a aquellos que desean avanzar después de veinte o treinta años de vida de Equipo: ayudar a los matrimonios a envejecer, a vivir su jubilación, a acercarse al final de sus vidas.

Como complemento a estas pocas notas sobre el sentido de la fundación de los Equipos, hay que mencionar una decisión capital, que, por otra parte, se ve ilustrada por nuestro encuentro.

Como el Movimiento se ha desarrollado en cada vez más países, se ha tomado la decisión, con el Equipo dirigente, de permanecer como un solo Movimiento sin fronteras.

*“El salto de los Equipos de Nuestra Señora más allá de las fronteras y de los océanos planteó un nuevo problema: ¿Habría que suscitar en cada país una dirección nacional autónoma o concebir un gran Movimiento con una dirección única?”* Se debatió este problema y, finalmente, se optó por la fórmula del Movimiento Único y no por facilidad, sino porque “en el plano de la espiritualidad no hay fronteras” (*Vocación e itinerario, 1959*). El P. Caffarel insistirá sobre la internacionalidad del Equipo dirigente, así como sobre la sumisión filial a la jerarquía de la Iglesia local de cada país y de cada diócesis.

## **Nuestra Señora**

Para terminar, querría evocar un tema muy querido para el P. Caffarel. No es por casualidad por lo que los Equipos han recibido el nombre de Nuestra Señora. Henri Caffarel tenía una gran devoción a la Madre del Señor. Mostró su confianza en su intercesión. Recojo unas líneas de un editorial, en el que habla del hecho del amor que el mismo Cristo siente por su madre: *“entre todas las criaturas Él la ama con un amor de predilección: ella es la primera después del Padre. Este amor a la Virgen, ¿podría permanecer en mí, si yo no estuviera unido a Cristo? [...] Pero, ¡cuidado! Este amor a Nuestra Señora no es un simple sentimiento: es un maravillarse ante la más radiante y la más santa de las criaturas, es el reconocimiento filial hacia la más Madre de todas las madres, es una voluntad activa de complacerla, de ayudarla en su tarea, que es, ni más ni menos, la maternidad hacia todos los hombres”*. (Carta de mayo de 1952)

-----

Sólo he podido esbozar algunos elementos de la herencia que nos ha dejado el P. Henri Caffarel. A nosotros nos corresponde hacerla fructificar. Tenemos la responsabilidad de preparar, con sólidos fundamentos espirituales y teniendo en cuenta las evoluciones de la sociedad, las orientaciones que permitirán a los Equipos de Nuestra Señora vivir la Alianza nueva a la que Cristo llama a los hogares de todas las generaciones.